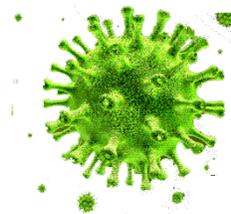


EDITORIAL

El virus y la economía



Brian Martin

La pandemia del coronavirus visibiliza las deficiencias fundamentales en la configuración de nuestro sistema económico.

¿Cuál es la mejor forma de responder al COVID-19? Comúnmente, se asume que hay un compromiso entre las vidas y la economía: se necesitan precauciones y controles para salvarlas, pero éstas causan daños a la economía.

Hay una suposición tácita en este pensamiento, a saber, que "la economía" es vital para el bienestar de las personas. Esto necesita ser cuestionado. Se sabe desde hace mucho tiempo que el Producto Interno Bruto (PIB) no es un reflejo exacto del bienestar, se ve impulsado por factores negativos, como los accidentes de tráfico, la destrucción del medio ambiente y la mala salud.

Un problema más profundo es que los niveles de felicidad no son muy sensibles a los aumentos en los ingresos medios, al menos, por encima de algún nivel básico. Ésta depende más fuertemente de cosas como las relaciones personales cercanas, el tener un propósito en la vida, la actividad física, la expresión de gratitud y el ayudar a los demás. En países con un PIB *per cápita* alto, los niveles promedio de felicidad se han mantenido estables durante décadas, a pesar del continuo crecimiento económico.

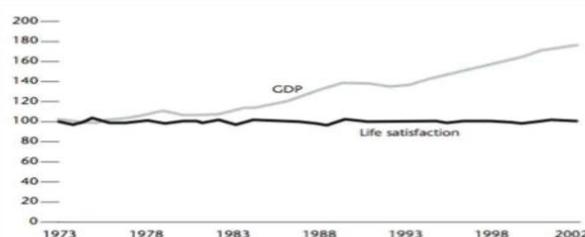
Otro problema es la desigualdad. El PIB *per cápita* puede ser alto, pero esconde la desigualdad: el ingreso promedio puede estar aumentando, pero, principalmente, para beneficiar al 10% o al 1% más rico. Cuanto más desigual sea la distribución

Brian Martin. Doctor en Física. Profesor-investigador Emérito de Ciencias Sociales, Universidad de Wollongong, Australia.

Correo electrónico: bmartin@uow.edu.au

Página Web: <http://www.bmartin.cc/>

Figura 1
Satisfacción de vida y PIB en el Reino Unido, 1973 – 2002, 1973=100



Revista NEF (2004)

del ingreso y la riqueza en un país, le irá peor en muchos otros aspectos, al tener, por ejemplo, más enfermedades, delitos y trastornos mentales.

El sistema económico

Las medidas de control ante la pandemia han resaltado el problema de pensar en la economía como una entidad beneficiosa que debe protegerse y mejorarse. El sistema económico se puede comprender mejor como una forma particular de organizar dos cosas: la producción y la distribución.

Primero, piense en la producción de bienes y servicios, que involucra personas, habilidades y tecnología. La producción de alimentos, por ejemplo, implica cultivar, cosechar y hacerlos llegar a los consumidores. Vemos los resultados de la producción a nuestro alrededor todo el tiempo: calles, peluquerías, escuelas y dispositivos móviles.

“Fallas de mercado”





¿Merece usted ser dueño de una villa de lujo?

La segunda parte del sistema es la distribución, que se refiere a quién obtiene qué. Algunas personas tienen casas palaciegas; otros no tienen hogar. Otras tienen acceso a entretenimiento caro; muchos no. El supuesto que subyace al sistema de distribución es que de alguna forma se basa en el mérito, por lo que quienes más contribuyen, reciben más. Esta suposición está profundamente errada.

Supongamos que usted nació con una discapacidad cerebral grave y sus padres lo abandonaron, le resultará bastante difícil aprender a leer y a escribir, y, mucho más, conseguir un trabajo de alto nivel. ¿Merece usted menos que alguien nacido intacto en una familia adinerada?



¿Merece usted no tener hogar?

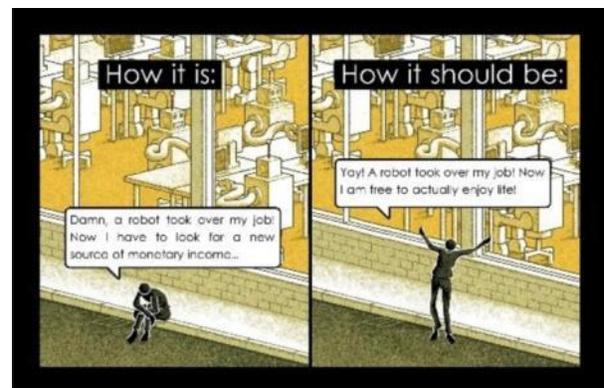
Usted podrá sentir que ha trabajado muy duro en su vida, por lo que se merece un buen salario. Pero: ¿Qué pasa con alguien que trabajó igual de duro, pero tuvo un poco de mala suerte y se quedó atrás? La diferencia entre una estrella del deporte y una que no logró la calificación puede ser cuestión de unos pocos segundos en una carrera, de estar libre de lesiones o de tener un golpe de suerte. La diferencia entre un CEO y un gerente de nivel inferior puede ser sólo una cuestión de a quién

conoces o de tener el estilo y la conformidad adecuados para ascender en la jerarquía administrativa. El papel de la suerte en el éxito a menudo se ignora. La forma en que el sistema económico distribuye bienes y servicios a las personas depende de una amplia gama de acuerdos arbitrarios, que incluyen las leyes sobre sucesiones, las barreras ocupacionales y los tipos de empleo que reciben compensación. Por lo general, ser madre o padre no es remunerado, aunque sea vital para el funcionamiento del sistema.

La pandemia del coronavirus ha visibilizado la arbitrariedad del sistema de distribución. Industrias enteras, como el turismo y la hostelería, han quedado devastadas. La idea de que los trabajadores obtienen lo que se merecen, ahora se evidencia como errada. Siempre estuvo equivocada, pero en el contexto actual es más obvio.

¿Renta básica universal?

¿Cuál es la alternativa? Una opción es un ingreso anual garantizado, también conocido como renta básica universal (RBU). Todos, desde los recién nacidos hasta los ancianos, recibirían un ingreso regular, sin condiciones. Todo lo ganado sería adicional.



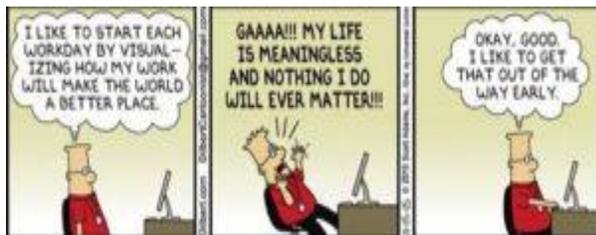
UBI 2017

Mucha gente responde a la idea de una RBU con una serie de objeciones. ¿Cómo se pagará? ¿Quién realizará los trabajos indeseables? ¿No decidirá mucha gente simplemente no trabajar? Existe una gran cantidad de investigaciones y escritos que abordan tales objeciones. Se han realizado los cálculos que indican cómo pagar una RBU. Si

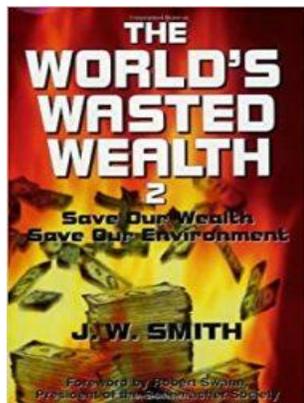
nadie quiere hacer trabajos indeseables, es cuestión de aumentar los salarios. Se han realizado experimentos que demuestran que cuando a los pobres se les da dinero en efectivo, casi todos lo usan "responsablemente".

La objeción de que no se puede confiar en que las personas usen el dinero de manera responsable siempre se usa contra los pobres, no contra los ricos. Si no se puede confiar en que las personas reciban dinero por el que no trabajaron, entonces la herencia debería abolirse. Después de todo, no se puede confiar en que alguien que hereda una gran cantidad de dinero lo use de manera responsable.

La otra cara del problema de la RBU son sus beneficios, millones de trabajadores serían liberados, si así lo desearan, de lo que David Graeber llama "trabajos de mierda". Se trata de trabajos que no benefician a nadie y que podrían eliminarse sin pérdida alguna de productividad.



Hace décadas, J. W. Smith escribió *The World's Wasted Wealth* (La riqueza desperdiciada del mundo), libro en que documenta la enorme cantidad de producción que excede las necesidades de las sociedades industriales y postindustriales. Demostró que un gran porcentaje del trabajo en muchas ocupaciones sirve solo para redistribuir la riqueza a esas ocupaciones, con estudios de casos sobre seguros, derecho, transporte, agricultura, medicina y bienestar. También argumentó que los derechos de propiedad, al ser demasiado grandes, le quitan riqueza a la comunidad, con estudios de casos



sobre tierras, capital financiero, propiedad intelectual y comunicaciones. Su conclusión general es que la organización de la sociedad es muy derrochadora y destructiva, todo para asegurar que los grupos privilegiados conserven tales privilegios.

El trabajo es una parte vital de la vida de muchas personas. Da sentido, proporciona una conexión con los demás y, a excepción de los trabajos "de mierda", proporciona cierta satisfacción, por el hecho de contribuir a la sociedad. Existe evidencia de que la gente acepta con gusto un salario más bajo si su trabajo ayuda a quienes más lo necesitan. De hecho, las investigaciones muestran que ayudar a otras personas es una forma poderosa de aumentar la felicidad.

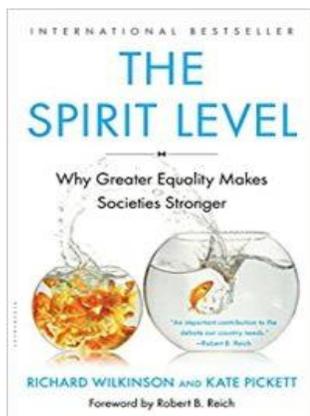
Una RBU también abordaría la maldición de la economía contemporánea: la inseguridad laboral. En el enfoque económico llamado neoliberalismo, los trabajadores son tratados como agentes libres que tienen que venderse a los empleadores, sin garantías de seguridad. Se supone que esto impulsará "la economía", pero, en realidad, sacrifica el bienestar de un gran número de individuos, que supuestamente debieran beneficiarse de la economía.

La inseguridad laboral contribuye a la propagación del coronavirus cuando quienes tienen síntomas sienten que deben presentarse a sus trabajos para sobrevivir. Una RBU reduciría el incentivo para hacerlo estando enfermo y, de esta forma, salvaría vidas.

Las sociedades industriales y postindustriales tienen una enorme capacidad productiva, mucho mayor de la necesaria para satisfacer las necesidades de cada individuo y brindar un apoyo adicional a quienes más lo necesitan. Sin embargo, estas sociedades están atrapadas en acuerdos económicos que suponen escasez, protegen y recompensan a los ricos y estigmatizan a los pobres y marginados. Lógicamente, tendría mucho más sentido celebrar la abundancia y difundirla. En parte, esto se puede hacer ampliando los bienes comunes, esos recursos que están disponibles para todos. En parte, se puede lograr diseñando el trabajo en torno a las necesidades de las personas en lugar de encajarlas en "la economía".

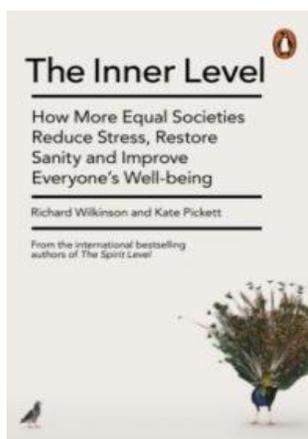
¿Qué nivel para la sociedad?

En su libro revolucionario *The Spirit Level (El nivel del espíritu)*, Richard Wilkinson y Kate Pickett reunieron una serie de pruebas sobre los vínculos entre la desigualdad económica y la calidad de vida. Encontraron una consistencia notable: en casi todos los sentidos, la desigualdad se asoció con malos resultados para las personas. Cuando las sociedades son más desiguales en términos de ingresos y riqueza, es probable que tengan más delincuencia, vidas más cortas, una mayor población carcelaria, más enfermedades mentales, peor salud y peor desempeño educativo.



Es importante señalar que la desigualdad no es el único factor causante, por ejemplo, una variedad de contextos socioculturales también pueden afectar su bienestar.

Una década más tarde, Wilkinson y Pickett escribieron otro libro, *The Inner Level (El nivel interno)*, en el que analizan una amplia gama de investigaciones sobre las formas en que la desigualdad afecta el comportamiento y el pensamiento. La desigualdad, argumentan, hace que las personas sean más sensibles al estatus, fomenta el materialismo y hace que las relaciones sean más difíciles, escriben:



La realidad es que la desigualdad causa sufrimiento real, independientemente de cómo decidamos etiquetar tales angustias. Una mayor desigualdad aumenta la amenaza social y la ansiedad por el estatus, evocando sentimientos de vergüenza que alimentan

nuestros instintos de retraimiento, sumisión y subordinación: cuando la pirámide social se vuelve más alta y más empinada y la inseguridad del estatus aumenta, hay costos psicológicos generalizados. La competencia por el estatus y la ansiedad aumentan, la gente se vuelve menos amigable, menos altruista y más propensa a menospreciar a los demás. (pág. 56).

Los autores dicen que la desigualdad genera presión para presentarse ante los demás de una manera que nos favorezca. Conduce a un mayor narcisismo, más empresarios psicópatas y menos empatía y altruismo. Sin embargo, queda algo de esperanza, los estudios muestran que cuando los ricos piensan en valores igualitarios, se vuelven más éticos, citan encuestas que muestran que la mayoría de la gente preferiría que sus sociedades fueran más igualitarias económicamente.

La investigación sobre la desigualdad sugiere que todos, incluidos los ricos, estarían mejor si las sociedades fueran menos inequitativas. Sin embargo, las fuerzas que impulsan una desigualdad económica cada vez parecen más implacables, al menos, desde el auge del neoliberalismo en la década de 1980. ¿Cómo ayudar a contrarrestar estas fuerzas? es una gran pregunta que aún no tiene respuesta. Baste decir que muchos grupos están haciendo todo lo posible para concientizar, promover alternativas y fomentar la acción.



En este contexto, la pandemia es un comodín. Ofrece un incentivo para que las comunidades se unan y realicen sacrificios con el fin de proteger a los más vulnerables. Envía un mensaje de que la vida es más que dinero y estatus. De hecho, la vida misma está en juego. Además, las medidas de control de la pandemia, al exigir un mayor

distanciamiento entre las personas, han evidenciado la importancia de las relaciones personales para el bienestar. Al obligar a algunas personas a bajar sus ritmos, las medidas de control tienen el potencial de alentar a reflexionar sobre sus vidas y prioridades.

Por otro lado, las medidas de control de la pandemia están teniendo algunos efectos desastrosos, aumentando el riesgo de violencia doméstica y suicidio, al tiempo que permiten a los gobiernos justificar la implementación de poderes draconianos para la vigilancia y el control de la

movilidad. Es posible caer en la desesperación ante la perspectiva de una elección terrible entre medidas de control de duración indefinida y una crisis de salud continua. Una agenda más positiva provendría de observar las formas en que la pandemia puede abrir las puertas a una mayor reflexión sobre las posibilidades de mejorar las vidas humanas. No surge de pensar en una elección entre COVID-19 y "la economía". El énfasis debe estar en las necesidades de las personas, especialmente aquéllas que provienen de las relaciones de apoyo mutuo, el trabajo con sentido y la ayuda a los demás.

Recibido: 31 de abril de 2020.

Aceptado: 21 de mayo de 2020.

Conflicto de intereses: ninguno.



Medicina Social

Salud Para Todos